122313

- "Diccionario Enciclopédico Quillet"). Porfirio de Tiro. 233-304. filósofo neoplatónico de la escuela de Alejandría, discípulo de Plotino, de quien escribió una biografía y publicó las obras. fue además un erudito y un polígrafo. En su "Introducción a las categorías de Aristóteles", que influyó largamente en la lógica medieval, planteó por primera vez el problema de los universales. Partidario del helenismo, fue, en el s. III, el gran adversario del cristianismo, contra el cual publicó una obra violenta que provocó la réplica de la Iglesia y fue públicamente quemada por orden de Teodosio (435).

- ("Historia de la filosofía", Angel González Álvarez). Porfirio. El neoplatonismo de Plotino fue la última gran creación filosófica del pensamiento griego. Muerto Plotino, decae entre los antiguos el interés por la metafísica y vuelven a surgir las preocupaciones puramente éticas y dialécticas. El pensamiento cristiano irrumpe con profundidad en el escenario cultural del mundo antiguo, y los filósofos paganos se limitan a la apología.
Aún brilla, sin embargo, el esplendor de Plotino en su discípulo Porfirio. Con él se inicia la lucha contra el cristianismo. Su importancia para la historia de la filosofía radica, sin embargo, en los comentarios que hizo de Platón y, sobre todo, de Aristóteles. En su "Isagoge" estudia los cinco predicables. El comentario de esta obra por Boecio había de ser la causa externa del planteamiento, en la Edad

Media, del famoso problema de los universales.

"Historia de la filosofía", Wilhelm Dilthey).
Porfirio, nacido el 232-3 en Tiro (se llamaba propiamente Malco), fue discípulo de Longino y luego se adscribió a Plotino. Escribió una biografía de éste (incluida en la edición de Plotino antes señalada), preparó la publicación de sus obras y redactó un resumen de su sistema (que se incluye en el "Plotino" de Creuzer, 1835). Pero fue también un hombre de vastos conocimientos; sus interpretaciones de Aristóteles fueron importantes en la Edad Media temprana ("Isagore in categor. Arist.", ed. Busse, 1887, que fue muy empleado en la primera Edad Media; su comentario al "De interpretatione" de Aristóteles sirvió de base a Boecio). Se ocupó de las cuestiones religiosas de la época en obras ético-religiosas y en los 15 libros "Contra los cristianos", de los que por desgracia conocemos muy poco a través de las réplicas cristianas (hay que añadir el importante fragmento sobre Cristo y el cristianismo, que procede de una obra sobre los oráculos y que encontramos en Eusebio, "Demonstr. ev., III, 6; San Agustín, "De civitate", XIX, 23).

122313

(Hispanoamericano)

Porfirio. Celebre filósofo neoplatónico nacido en Batanea de Siria en 233 de la era cristiana, M. en Roma en 304. Longino, que fue su primer maestro, le dio el nombre de Porfirio, pues su nombre primitivo era Malco. Se apropió de tal manera la lengua griega, que bien pronto brilló entre los sabios de Alejandría. Hacia los treinta años de su edad pasó a Roma, atraído sin duda por la fama de Plotino, del cual no sólo fue discípulo, sino amigo y confidente. Él mismo nos dice que Plotino le encargó la revisión de sus obras, y que cumplió tan satisfactoriamente este encargo que mereció los elogios del maestro. También le confió el examen de los escritos que Eubulo, filósofo platónico, le envió de Atenas. La clase de estudios a que se dedicó Porfirio le inspiraron una profunda aversión a la vida, apoderándose de su espíritu la idea del suicidio. Por consejo de Plotino salió de Roma, y un viaje a Sicilia y algunas conversaciones con el filósofo Probo le curaron pronto de su melancolía. Volvió en seguida a Roma, en donde empezó a dar conferencias filosóficas, que fueron muy aplaudidas por el Senado y el pueblo. Él mismo refiere que a los setenta y ocho años tuvo como Plotino "la visión de Dios que no tiene forma". Tres años después murió. Más bien que el continuador, Porfirio es el comentador de la filosofía de Plotino. La mayor parte de sus escritos no han llegado a nuestros tiempos. Además de la "Vida de Plotino", tenemos de este filósofo "Principios acerca de los inteligibles", que es un excelente compendio de las

"Enneadas" de Plotino. En esta obra explica perfectamente la doctrina neoplatónica. Empieza por dividir las virtudes en cuatro clases: 1º) las virtudes cívicas, que hacen que el hombre sea moderado en sus pasiones y siga en sus actos la lógica del deber; 2º) las virtudes purificativas, que libran al alma del mal que recibe de su unión con el cuerpo; 3º) las virtudes contemplativas, que llevan el alma a identificarse con la inteligencia suprema; 4) las virtudes ejemplares, que elevan al hombre restringiendo la acción de la parte irracional de nuestro ser. "Debemos, añade Porfirio, dedicarnos principalmente a la segunda clase de virtudes, llevando hasta donde sea posible la purificación que consiste en conocerse a sí mismo y la de vivir en la persuasión de que tenemos un alma unida a un cuerpo material. Es importante quitarle todo lo que tienda a someterla al poder de la materia y a las exigencias del cuerpo". Esta supremacía del espíritu sobre la materia según Porfirio, hace olvidar que el cuerpo y el alma son del mismo Creador, por lo cual es preciso restablecer el verdadero equilibrio entre estas dos fuerzas contrarias. El ejercicio del alma y el cuerpo, o la sociedad que forman el espíritu inmortal y nuestros instintos en el mismo domicilio transitorio (cuerpo), es lo que forma la parte verdaderamente original del platonismo y del neoplatonismo. En cuanto a la existencia del alma antes de su encarnación y después de la muerte, el campo está abierto a las hipótesis. Porfirio, con todos los neoplatónicos, distingue la muerte del cuerpo de la muerte del alma, que consiste en revivir en el cuerpo de un animal, pero sin que haya nunca fusión absoluta de los

122313

dos elementos constitutivos. "El cuerpo vivo, dice, es una armonía inseparable del instrumento que la produce, mientras que el alma es como el artista que le hace producir sonidos; éstos no pertenecen a la naturaleza del artista. El alma es el músico, y el cuerpo es el instrumento; he ahí la verdadera relación que existe entre estas dos entidades perfectamente distintas. Lo que caracteriza al alma es el ser incorpórea, es decir, no coercible, no tangible... Lo incorpóreo no permanece en el cuerpo como una bestia en una cuadra, porque no puede ser encerrado ni comprimido. Dondequiera se encuentra, lo incorpóreo se hace sentir por cierta tendencia a penetrar el cielo como la tierra; sólo por sus efectos demuestra su presencia. Envía en todas direcciones, como de un centro inagotable, rayos de su poder; por esta inefable extensión de sí mismo, desciende al cuerpo y se encierra en él; sólo él mismo le une; no es el cuerpo quien desata lo incorpóreo a causa de una lesión o por su corrupción; es lo incorpóreo quien se desata a sí mismo. Su esencia es la ubicuidad". Un punto de doctrina bastante obscuro, y acerca del cual parecen no estar bien conformes todos los neoplatónicos, es el de la ~~alma~~ distinción entre el ~~cuerpo~~ alma y el ~~alma~~ cuerpo. Porfirio y Plotino dan a entender en términos claros que el alma es el poder que mantiene la forma del cuerpo. Esto sería lo que un célebre fisiólogo de nuestros tiempos ha propuesto llamar fuerza morphoplástica, después de haber demostrado lo que otros ya habían entrevisto, a saber: que la materia que compone un ser viviente

se renueva sin cesar, mientras que la forma específica permanece. En cuanto al espíritu "bajado de las esferas celestes", queda unido al alma después de la muerte; el alma le forma una especie de cuerpo no tangible; le sigue como su sombra, con esta diferencia: que el espíritu y el alma pueden estar unidos a distancia. Esta distinción parece que ya fue hecha por Homero, al que Porfirio y Plotino citan en apoyo de su teoría. Todos los seres creados tienden a volver al Ser Supremo, del cual han salido, a lo cual llama Porfirio la "vuelta hacia el primero. Pero a pesar de esta tendencia hacia Dios, pueden inclinarse a la materia que les pervierte; de ahí su caída. Al volverse hacia las cosas de la tierra, el espíritu se separa de su origen divino; es "un fugitivo que emigra de su patria". Del "Tratado de las facultades del alma", obra de Porfirio, sólo nos quedan algunos fragmentos. Distingue la sensibilidad de la inteligencia, porque la una "percibe la forma sensible de los seres", mientras que la otra "percibe la esencia". En su "Tratado de la sensación" dice "que la visión no está producida ni por un cono de luz, ni por una imagen, ni por otra cosa, sino que el alma, puesta en relación con los objetos visibles, reconoce estos objetos porque ella los contiene todos". La felicidad suprema del hombre no consiste en la acumulación de conocimientos y posesión de muchas ciencias, sino en la contemplación intuitiva y superior del ser absoluto, por medio del cual y en el cual se establece identificación unitiva entre el alma que contempla y el término de la contemplación. El camino y los medios para preparar esta unión son la mortificación y el olvido de los apetitos materiales. A medida que el hombre asciende en este

caminos y se perfecciona por medio de esas purifi-
caciones intelectuales y morales, puede llegar a tal
estado de perfección, aun en la vida presente, que
se transforma en cierto modo en un ser casi divino,
superior hasta a los malos genios o demonios; entra
en comunicación con los genios buenos, y siente,
conoce y posee a Dios ya desde la vida presente.
Conforme con esta doctrina, Porfirio admite en prin-
cipio la teurgia; reconoce el comercio de los hom-
bres, no sólo con los genios o dioses inferiores, sino
con las almas de los difuntos, añadiendo que
éstas pueden ser evocadas, que permanecen en
ocasiones fuera de los cuerpos y de los sepulcros
que pueden aparecer y manifestarse bajo diferen-
tes formas, y que las almas y los demonios obran
en las operaciones de los encantadores. Algunas veces
tiene pensamientos elevados, como cuando dice
que un alma pura y libre de pasiones es el mejor
sacrificio que el hombre puede ofrecer a Dios.
Porfirio escribió contra los cristianos, especialmente
contra la divinidad de Jesucristo, una obra que no
ha llegado hasta nosotros. En otro libro confiesa
que en su juventud había recibido de Orígenes
las primeras lecciones. Algunos autores eclesiásticos
dicen que Porfirio fue cristiano y que luego apostа-
tó; mas varios críticos modernos han tra-
tado de probar que no podía ser. Lo innegable
es que Porfirio conoció muy bien la religión cris-
tiana y que leyó los libros de la misma. Eusebio
enseña que la obra de Porfirio contra el cristianismo
constaba de 15 libros. En los 11 primeros se esfor-
zaba en mostrar ciertas contradicciones entre los diversos

pasajes del Antiguo Testamento, y el duodécimo trataba de las profecías de Daniel. Viendo que estas predicciones eran conformes a la verdad de los acontecimientos, Porfirio sostuvo que no habían sido escritas por Daniel, sino por un autor posterior a Antíoco Epifanes, autor que había tomado el nombre de Daniel. Agregó que todo lo dicho por el pretendido profeta acerca de los acontecimientos ya realizados era cierto, pero completamente falso lo que había querido predecir de los acontecimientos futuros. San Jerónimo refutó en "Comentario de David" estas afirmaciones de Porfirio, tan bien combatidas en escritos de Eusebio, Apolinar y Medodio, que no han llegado hasta nosotros. Las obras de Porfirio fueron buscadas y quemadas por orden de Constantino, y Teodosio mandó también destruir las que pudo hallar. En su tratado "De la abstinencia", que aún se conserva, alaba Porfirio en muchas cosas a los judíos, y especialmente a los esenios. Declara que hubo entre ellos profetas y mártires, dice que eran filósofos, y aprueba muchas leyes de Moisés. Sabemos además que miraba a Jesucristo como un sabio que había enseñado excelentes cosas, pero creía que los discípulos del Crucificado habían comprendido mal el sentido de las palabras del Maestro, y que los cristianos caían en error al adorarle como a un dios. No se ha de entender que son discípulos de Porfirio los que en historia eclesiástica se llaman porfirianos. Este nombre se aplicó a los arrianos en el siglo IV en virtud de un edicto del emperador Constantino, que decía: "Pues Arrio ha imitado a Porfirio componiendo escritos impíos

contra la religión, merece ser notado de infamia como él. y a la manera que Porfirio ha venido a ser el oprobio de la posteridad y sus escritos se han recogido, de igual modo queremos que Arrio y sus sectarios sean llamados porfirianos". Muchos críticos opinan que dicho emperador puso esta nota a los arrianos, porque parecía que, a ejemplo de Porfirio, autorizaban la idolatría aprobando que Jesucristo fuera adorado como Dios, aunque en su opinión era una criatura. Otros entienden que se dio a los arrianos dicho nombre porque Arrio había imitado en sus libros la malignidad, la hiel y las violencias de Porfirio contra la divinidad de Jesucristo. El mérito de Porfirio como filósofo consiste principalmente en haber interpretado y aclarado el pensamiento, con frecuencia oscuro y ambiguo, de su maestro, contribuyendo por este camino a difundir y hacer popular entre los hombres de letras la filosofía de Plotino. Además de las obras citadas, escribió otras entre las que figuran un pequeño "Tratado sobre los cinco vocablos"; "El antro de las Ninfas en la Odisea", y una "Historia de los filósofos".

Los muchos ayunos, las penitencias, los últimos trabajos sobre todo, habían gastado su organismo; una fiebre alta se apoderó de su cuerpo y lo consumió en pocos días, y después de hacer testamento espiritual, que cosa temporal no la tenía por haberlo entregado todo á los pobres, teniendo junto á sí á su discípulo Marco y rodeado de su clero durmió plácidamente en el Señor el 26 de Febrero de 421 y en el veinticuatro de su obispado.

Bibliog. Migne, *Patrologia graeca* (t. LXV, col. 1211 á 1254); Marco, diácono, *Vita S. Porphyrii episcopis Gazenzis;* Abel, O. P., *Marc diacre et la biographie de Saint Porphyre Evêque de Gaza*, en *Conférences de Saint Etienne (1909-1910)* (París, 1910).

PORFIRIO. *Biog.* Filósofo perteneciente á la llamada escuela neoplatónica, sucesor de Plotino en la dirección de la misma y uno de los enemigos más encarnizados de la religión cristiana. Nació por los años 232 ó 233 de nuestra era en Tiro ó sus cercanías, según la opinión más corriente, si bien no pocos, con san Jerónimo, le hacen natural de Batanea, en Siria, y judío de raza. Su educación fué la de los griegos de Oriente. Muy joven aún escuchó las lecciones de Orígenes el pagano, filósofo neoplatónico de Alejandría, distinto del célebre escritor eclesiástico del mismo nombre, y discípulo de Amonio Saccas, fundador de aquella escuela. A los veinte años emprendió PORFIRIO un viaje á Roma, atraído, según dicen, por la fama de Plotino y deseoso de continuar, bajo la disciplina de éste, sus estudios filosóficos; mas habiendo el maestro suspendido por aquel tiempo sus lecciones, no pudo lograr su objeto sino diez años más tarde, al volver á Roma en 263 para establecerse en ella definitivamente. Entre tanto, residió PORFIRIO en Atenas, donde tuvo por maestro al renombrado filósofo y retórico Longino, quien le cambió su nombre primitivo, Malco (*rey*, en lengua siriaca), por el de Porfirio (en griego πορφυριος, purpurado), iniciándole al propio tiempo en los resortes de la elocuencia y en las enseñanzas de la filosofía platónica, distintas en más de un punto de las teorías de aquella otra escuela que se honraba también con el nombre del filósofo ateniense. Tales divergencias de doctrinas acarreáronle más tarde empeñadas polémicas con sus condiscípulos de Roma y aun con el mismo Plotino, y le mantuvieron por algún tiempo en oposición más ó menos franca á las opiniones de su nuevo maestro; hasta que, dándose por fin á partido, abrazó con tanto ardor aquellas mismas opiniones, que llegó bien pronto á obscurecer en su entusiasmo el renombre de sus compañeros más distinguidos, entre los cuales se contaba Amelio, jefe, andando el tiempo, de la rama oriental de la escuela, y tenido entonces por el segundo después del maestro. Con estas muestras de adhesión á sus enseñanzas supo ganarse PORFIRIO la amistad y las preferencias de Plotino, quien llegó á tenerle un cariño paternal, llamándole con frecuencia «la gloria de su escuela y el modelo de sus discípulos».

Un incidente ocurrido en esta época, hacia el 266, y que refiere el mismo PORFIRIO en una de sus obras, señala un momento decisivo en la carrera del futuro perseguidor de los cristianos. Fruto de sus tendencias pesimistas y de su carácter tétrico y atrabiliario, la melancolía y el frenesí vinieron á apoderarse de su espíritu hasta el punto de hacerle concebir la idea del suicidio como fin de aquellos negros pensamientos que oprimían su ánimo y asediaban su imaginación. Plotino, que á fuer de filósofo observador, preciábase también de hábil fisonomista, descubrió en el rostro de su discípulo las huellas de la lucha interior que le agitaba, y alarmado por aquellas señales que hacían vislumbrar sus siniestros propósitos, intentó con el mayor empeño desviarle de tan fatal resolución y arrancarle de aquel triste estado al que tal vez le habían inducido las mismas doctrinas escuchadas de sus labios. Consiguiólo, al fin, con sus consejos, y para asegurar más el resultado de aquella victoria, tal vez inesperada, le indujo á hacer un viaje á Sicilia para reponer en aquella isla su quebrantada salud. Allí vivió PORFIRIO algunos años, durante los cuales murió Plotino sin haber vuelto á verse con su discípulo predilecto. Entonces tomó éste la dirección de la escuela, llegando á adquirir con ella gran crédito, del cual se valió más tarde en sus pérfidos ataques contra el Cristianismo. Desde los comienzos de este período de su estancia en Sicilia van escaseando los datos concretos de la vida de PORFIRIO. Sabemos, sin embargo, que pasó allí gran parte de la misma; que allí también se casó, hacia el 268, con una viuda, pobre y con siete hijos, llamada Marcela; y que después de algunos viajes por Cartago y otros puntos, volvió á Roma, donde continuó al frente de la escuela neoplatónica, contando entre sus discípulos á Teodoro de Asine y al más célebre de todos, Jámblico, que había de imprimir más tarde nuevo rumbo á las tendencias de aquella filosofía ecléctica y flexible.

En los últimos años de su vida el nombre de PORFIRIO adquiere triste celebridad como fautor de la lucha entablada por aquel tiempo contra el Cristianismo. En aquel supremo esfuerzo del mundo pagano para aniquilar en todos los órdenes hasta el nombre cristiano, cupo no pequeña parte al antiguo discípulo de Plotino. Sus λόγοι κατὰ χριστιανῶν *(Discursos contra los cristianos)*, divididos en 15 libros, fueron como la señal de las últimas y más sangrientas persecuciones. PORFIRIO, sin embargo, no llegó á ver el resultado de esta lucha, terminada felizmente con el triunfo definitivo de la verdad cristiana, pues murió, á lo que parece más probable, entre 301 y 305, alcanzando, por tanto, solamente los últimos años del Imperio de Diocleciano.

Los escritos de PORFIRIO, cuya noticia ha llegado hasta nosotros, en número de unos 50 ó 60, pueden clasificarse en tres grupos, á saber: escritos que tratan de historia, de ciencias ó de materias puramente literarias; escritos de asuntos mixtos, y, por último, escritos exclusivamente filosóficos. Entre los primeros, pueden citarse las *Cuestiones homéricas*, el *Antro de las ninfas*, la *Cronografía*, los *Comentarios sobre Homero*, y un *Comentario sobre las harmónicas de Tolomeo*, que dejó sin terminar. Al segundo grupo pertenecen los *Discursos contra los cristianos*, la *Filosofía en los oráculos*, los *Nombres de los dioses*, la *Vida de Plotino*, y una *Historia de la filosofía*, dividida en cuatro libros y de la cual sólo queda un fragmento del primero en que se contiene la *Vida de Pitágoras*. De las obras exclusivamente filosóficas se han perdido los comentarios al *Timeo*, al *Sofista* y al *Filebo;* el tratado *de los Principios* y el *del Alma;* la exégesis *de las Categorías* y *de la Hermenia*, con algunas más. En cambio, aún se conservan, entre otros, la *Introducción al conocimiento del inteligible* ('Αφορμαὶ εἰς τὰ νοητά), breve resumen de las doctrinas fundamentales de la secta neoplatónica; la *Isagoge* ó *Introducción á las categorías de Aristóteles,*

obra que sirvió de punto de partida á las disputas de los nominalistas y realistas en la Edad Media; el *Tratado de la abstinencia de la carne de animales,* en que propaga las máximas de la moral pitagórica; una *Carta á Marcela,* su esposa, y otra *á Anebón,* sacerdote egipcio, sobre la teurgia.

La personalidad de PORFIRIO resalta por su doble aspecto de polemista y de filósofo. En el primer sentido puede asegurarse que el blanco de sus ataques, en los que puso á contribución toda su actividad, todo su talento y todos los recursos de su inventiva, fué la religión cristiana, contra la cual se le ve combatir hasta el fin de sus días sin tregua ni descanso. No eran, á la verdad, los suyos los primeros dardos lanzados contra el Cristianismo por la pluma de sus adversarios; pero nadie antes que él había empleado en sus ataques una táctica más insidiosa, ni un plan más vasto y más meditado. Su profunda sagacidad le hizo suponer, desde luego, que la calumnia y la irrisión, armas que hasta entonces habían jugado el principal papel en los escritos y en los discursos encaminados á hacer desaparecer del mundo la religión de Jesucristo, no eran á la sazón el medio más eficaz para mantener viva una lucha en la que pudiera prometerse como resultado decisivo el triunfo de sus ideales, y en consecuencia, la ruina del poder y el prestigio, cada vez más crecientes, de los cristianos. A pesar de todas sus prevenciones, comprendía muy bien que una religión que se imponía al mundo por la pureza y elevación de su moral y de sus dogmas, por la dignidad y sublime atractivo de su culto, por las maravillas de sus orígenes y de su historia, y aun por la misma vida de sus adeptos, no podía ser destruída apelando únicamente á los consabidos recursos de la detracción y la burla, aunque apareciesen revestidos del brillo del ingenio y de la magia del discurso. Decidióse, sin embargo, á utilizarlos como elementos de un plan de más dilatadas proporciones. Consistía éste en socavar los mismos cimientos del edificio que se proponía derribar, y levantar al propio tiempo enfrente de aquél otro que en su concepto pudiera substituirle con ventaja, y que á su ver no debía ser otro que el antiguo paganismo despojado de las impurezas mal disimuladas de sus múltiples concepciones politeístas, y colocado en su propio terreno con nueva vida y esplendor, merced á la corriente regeneradora y á la savia poderosa de aquella filosofía que se gloriaba de poseer la clave de la verdad, y de la que se miraba él mismo como oráculo indiscutible. Tal tendencia aparece más ó menos manifiesta en la mayoría de las obras de PORFIRIO; y no solamente, como es de suponer, en aquellas que compuso exclusivamente contra la religión cristiana, sino aun en otras muchas que pudieran parecer escritas sin otro fin que el de la mera especulación filosófica.

Para asegurar el éxito de su empresa, propúsose, ante todo, combatir el misterio del Hombre-Dios, principal fundamento de la doctrina de los cristianos; pues una vez destruída la base vendría, en consecuencia, la ruina de todo lo demás. Pero la divinidad de Jesucristo presentaba en su favor el testimonio inequívoco de las profecías y el de la vida del mismo Jesucristo manifestada en sus obras, en su doctrina sublime y en los milagros con que corroboraba esta doctrina, en sus virtudes más que humanas y sin la más leve sombra de vicio alguno, en sus vaticinios, en su admirable constancia en medio de los sufrimientos de la Pasión, en su resurrección y ascensión, y en el espectáculo que ofrecían al mundo la propagación maravillosa de su religión y los milagros que sus discípulos obraban en su nombre. A todo esto, por tanto, debía dirigir PORFIRIO sus más rudos golpes y sus tiros más certeros. Comenzó, pues, negando la autenticidad de las profecías, sobre todo las de Daniel, á las cuales dedica un libro entero, el 12.º de sus *Discursos contra los cristianos,* después de haberse esforzado en los anteriores en descubrir contradicciones entre los diversos pasajes del Antiguo Testamento. Decía que estas profecías eran demasiado claras y demasiado conformes á los acontecimientos para haber sido escritas antes de los mismos, y sostenía, en consecuencia, que su autor no era aquel á quien generalmente se le atribuían, sino otro del mismo nombre que había vivido en Judea en tiempos de Antíoco Epifanes; y que todo lo que el tal escritor había dicho de las cosas hasta entonces ocurridas era verdadero, mas no así lo que había intentado predecir acerca de lo futuro (V. san Jerónimo, en el *Proemio* de su comentario *in Danielem*). En cuanto á la vida de Jesús, se esfuerza por desvirtuar la narración evangélica en todo lo que hay en ella de sobrenatural y divino. Concedía de buen grado que las obras y las palabras del fundador del Cristianismo habían sido dignas de admiración, pero añadía á renglón seguido que nada descubrían en sí mismas superior á los límites de las fuerzas y de la inteligencia humanas; que muchos sabios de la antigüedad, como Pitágoras y otros, y en su tiempo su mismo maestro, Plotino, habían mostrado la misma sabiduría en sus discursos, la misma constancia en las pruebas y el mismo poder en los prodigios, sin que se le hubiesen tributado por ello los honores de la divinidad, como pretendía hacer con Jesucristo la ignorancia de sus partidarios corrompiendo y alterando en este como en otros puntos, las enseñanzas de su maestro. Este afán de parangonar al Salvador con los filósofos gentiles le hizo inventar ó divulgar oráculos que confirmasen sus asertos y le conciliasen autoridad *(Filosofía de los oráculos),* no cuidándose, con todo, de evitar que la contradicción viniese alguna vez á poner de manifiesto el verdadero origen de las tales respuestas de los dioses (V., por ejemplo, en san Agustín, *De Civ. Dei,* 1. XIX, c. 23, una muestra palpable de esta contradicción entre dos de los referidos oráculos, debidos, según PORFIRIO, á Apolo, el uno, y el otro á Hécate).

Asimismo, para elevar su secta al rango de sistema religioso, hacíale falta alegar en favor de la misma milagros y maravillas que pudiesen rivalizar con los que se atribuían á Jesús y á sus discípulos, y dotarla, al propio tiempo, de una teología y una moral capaces de sostener con ventaja la lucha frente á la teología y la moral de los cristianos. Decidióse, pues, á acometer de lleno esta empresa en algunas de sus obras, ya ingiriendo en la vida que escribió de algunos filósofos (v. gr., en la de Plotino, escrita en sus últimos años, y en los fragmentos que se conservan de su *Historia de la Filosofía* y que contienen la *Vida de Pitágoras*) prodigios y maravillas sin cuento, que los realzaban á la categoría de semidioses, sin parar mientes en la verdad ó verosimilitud del relato, pues de todas maneras esperaba sacar partido de él; ya insistiendo en la interpretación alegórica de los mitos gentílicos *(Antro de las ninfas, Nombres de los dioses),* ya reuniendo en un cuerpo de doctrina las pretendidas enseñanzas

de los dioses, de las cuales se constituía como órgano autorizado (*Filosofía de los Oráculos*); ya, en fin, esparciendo acá y allá, en varios de sus escritos, los principios de una moral en la que, á vueltas de los errores y resabios de la secta, se dejan ver ideas y máximas cristianas, como claro indicio de que no podían substraerse á su influencia ni aun aquellos mismos que intentaban suplantarlas.

Otros de los puntos á que se dirigieron con más intensidad los ataques de PORFIRIO fueron el mesianismo de Jesús (de quien decía haber venido demasiado tarde), su resurrección y la eternidad de las penas del infierno. A pesar de tantos alardes de oposición seria y metódica y de tanto aparato de jactanciosa erudición, no se desdeñaba PORFIRIO de reproducir, cuando la ocasión le parecía propicia, las viejas calumnias, mil veces desvanecidas por la pluma de los apologistas cristianos; ni de hacerse eco de absurdas patrañas, como la de atribuir al Cristianismo la peste que asolaba el Imperio romano desde los tiempos de Galieno, pues no era, según decía, sino el justo castigo que Esculapio y los demás dioses infligían á la tierra al verse abandonados y postergados en su culto por el de Jesús.

No podemos seguir aquí paso á paso las vicisitudes de esta contienda, que constituye una de las fases más características de la lucha general sostenida contra el poder sobrenatural y divino de la fe cristiana por el espíritu pagano, herido ya de muerte y refugiado en el neoplatonismo como en su postrer baluarte. Ni sería empresa fácil el lograrlo, pues la mayor parte de las obras de PORFIRIO se han perdido, así como las que contra él escribieron, entre otros, san Metodio, Apolinar de Laodicea y Eusebio. Solamente por algunos fragmentos de aquéllas, conservados por el mismo Eusebio en sus libros más conocidos, sobre todo en la *Preparación Evangélica*, y por las citas y alusiones de san Agustín, san Crisóstomo, Teodoreto, san Jerónimo y otros padres de la Iglesia, junto con los otros escritos de PORFIRIO que han llegado hasta nosotros, podemos rastrear en parte el alcance y la tendencia de este esfuerzo para destruir la Iglesia de Dios de parte de uno de sus más encarnizados enemigos. No puede negarse que PORFIRIO muestra en sus impugnaciones mayor conocimiento de la Escritura y de los dogmas del Cristianismo que los demás adversarios de éste, lo cual se explicaría fácilmente si pudiera comprobarse que había sido cristiano en su juventud, como parece insinuar san Agustín (*Civ. Dei*, l. 10, c. 28) y asegura Sócrates (*Hist. Ecles.*, l. 3, c. 23) apoyado en la autoridad de Eusebio. Esta opinión no ha llegado á prevalecer, y, por tanto, parece lo más cierto que PORFIRIO, penetrado del espíritu y de los designios de su secta, se propuso desde luego combatir una religión á la cual sus adeptos atribuían el privilegio exclusivo de enseñar á los hombres la verdad y de conducirlos á su último fin; y que si hizo un estudio más profundo de esta religión fué precisamente para combatirla con más ventaja, todo lo cual, unido á su orgullo y presunción, hace traslucir en sus escritos el lenguaje de la pasión y del odio, más bien que el de la polémica serena y desinteresada. Por eso no es PORFIRIO para los doctores cristianos el adversario temible cuyas aserciones ponen á contribución todo el saber y toda la diligencia de los defensores de la verdad, sino el hombre lleno de impiedad y de rencor, en quien cada argumento es un ultraje que no merece sino el grito de protesta que brota espontáneamente del sentimiento de noble indignación. Su nombre inspiraba á los cristianos más horror que temor, y así, más tarde expidió el emperador Constantino un edicto condenando su memoria y sus escritos á ser entregados á las llamas, acto que repitieron más adelante Teodosio II y Justiniano, y cuando el mismo Constantino quiso emplear igual severidad contra los errores de Arrio, no halló para los discípulos de este heresiarca otro título más odioso que el de *porfirianos* (V.).

Considerado como filósofo, el mérito principal de PORFIRIO consiste en haber contribuído á difundir y hacer popular entre los hombres de letras la filosofía de Plotino, interpretando y aclarando el pensamiento, con frecuencia obscuro y ambiguo, de su maestro (V. PLOTINO). No contento con haber ordenado los escritos de éste, y de haberlos dado al público con el título tan conocido de *Enéadas*, quiso en su *Introducción al conocimiento del inteligible*, trazar como el código de la secta, condensando en fórmulas claras, breves y precisas las enseñanzas de su antecesor; lo cual llegó á lograr en cuanto la índole de aquéllas lo consentían. Dotado, en cambio, de un espíritu menos original que el de Plotino, mantúvose por lo general fiel á las teorías de éste, sobre todo en su parte especulativa, contribuyendo de este modo á mantener aún en el seno del neoplatonismo el predominio del elemento filosófico sobre el teosófico, carácter principal de la primera fase de esta escuela. Mas si, según la opinión más general, el discípulo de Plotino poco ó nada aportó al caudal hereditario de su escuela en la metafísica y la física; con el desarrollo que dió en cambio á la parte religiosa y ascética de la misma, preparó el terreno á la segunda fase del neoplatonismo, en la que el elemento filosófico se subordina al místico y teúrgico. Considerado, pues, bajo este doble aspecto, puede decirse que PORFIRIO señala el período de transición entre Plotino y Jámblico, viniendo á ser como el eslabón que une á estos dos filósofos en la larga cadena de los representantes más caracterizados de la secta. Ya dijimos algo, anteriormente, acerca de esta tendencia de PORFIRIO utilizada por él como arma contra los cristianos; ahora nos limitaremos solamente á hacer brevísimas indicaciones sobre el desarrollo de la misma en su relación con la historia de la filosofía.

PORFIRIO coloca el asiento y origen del mal, no en el cuerpo ó la materia, como lo hacía su maestro, sino en las fuerzas y apetitos inferiores del alma, que la mantienen inclinada y como adherida á las cosas sensibles con las cuales se encuentra unida; á pesar de que en sí misma y considerada en su estado anterior á tal unión, es una esencia intelectual, pura y exenta de sentidos, constituyendo por sí sola como una naturaleza ya completa, cuya unión al cuerpo es solamente extrínseca. De aquí parece deducir que la verdadera y suprema felicidad del hombre, ó mejor dicho del alma, no consiste en la variedad de conocimientos ni en la posesión de muchas ciencias, sino en la contemplación intuitiva del Ser absoluto, con la cual se llega á la unidad ó identidad unitiva entre el sujeto que contempla y el objeto contemplado (Tratado *De la abstinencia de la carne de animales*, c. 2). El medio para conseguir esta unión del alma con el Ser absoluto consiste en la purificación de aquélla por la mortificación, ó mejor, por el olvido y la muerte de los afectos sensibles, con la abstracción perfecta del cuerpo y de las demás

cosas materiales, pues de otro modo es imposible el juntarnos íntimamente al Ser simplicísimo, purísimo y separado de toda materia. Aunque la unión perfecta é indentificativa con el Uno la reserva PORFIRIO para después de la muerte; no obstante, aun en esta vida, á medida que el hombre va ganando terreno en este camino de la mortificación del cuerpo y de las aficiones á las cosas sensibles, va sintiendo los efectos de su acción purificativa, hasta alcanzar un estado tal de perfección, que se transforma en cierto modo en un ser casi divino, superior en la escala de los seres á los malos genios ó demonios, y en comunicación familiar con los genios buenos ó dioses inferiores, de los cuales aprende á conocer las cosas ocultas y futuras; y á fuer de verdadero filósofo y sacerdote de Dios puede llegar á sentir, conocer y poseer á Dios aun antes de la muerte (*Epístola á Anebón*, c. 4). Conforme á esta doctrina y como consecuencia de la misma, PORFIRIO admite la teurgia, aunque sin darle el alcance que adquirió después dentro de la secta; pretende fijar el valor de casi todas las supersticiones del culto politeísta y afirma la comunicación del hombre, no sólo con los dioses inferiores, sino aun con las almas de los difuntos, á las cuales atribuye, juntamente con los demonios, una intervención directa en las operaciones de los encantadores, en los sortilegios y vaticinios.

PORFIRIO inaugura, además, la serie de los comentadores neoplatónicos de Aristóteles. Escribió comentarios á la *Hermenia*, á las *Categorías* y probablemente también á la *Analítica*, todos los cuales se han perdido. Pero la obra que más fama le ha dado en este punto y la que más ha contribuído á mantener viva su memoria en las generaciones posteriores, es la *Isagoge* ó *Introducción á las categorías de Aristóteles*, llamada también el *Tratado de las cinco voces*. Esta obra, no sólo fué estimada y comentada por los últimos filósofos griegos, sino que estaba llamada á tener gran resonancia durante los primeros tiempos de la escolástica medieval, dando pábulo á las disputas de no pocas generaciones. En ella se estudian los cinco predicables, ó sea el género, la diferencia, la especie, la propiedad y el accidente, como introducción á las *Categorías* de Aristóteles. PORFIRIO se contenta con desarrollar en su estudio únicamente la significación lógica de los predicables, esto es, los diversos modos cómo un predicado puede ser enunciado de un sujeto; mas al hallarse frente á la cuestión del valor ontológico de las categorías ó nociones universales, se limita á proponer, sin darle solución, el problema de la objetividad de las mismas en los términos siguientes: 1.º ¿los géneros y las especies existen en la realidad ó sólo en nuestro entendimiento?, y 2.º dado que existan realmente, *a*) ¿son corpóreos ó incorpóreos?, y *b*) ¿existen separados de los seres sensibles ó están en estos mismos seres? A estas preguntas había PORFIRIO rehusado responder, *dicere recusabo*; pero los escolásticos de la Edad Media, sobre todo los de los primeros períodos, hallaron el problema muy en consonancia con sus gustos y aficiones, y diéronse á resolverlo limitándolo á la primera cuestión, abstrusa de suyo y expuesta á peligrosos derroteros, resultando de aquí la gran cuestión de los universales que tantó agitó los ánimos durante gran parte de la Edad Media. También gozó gran crédito la *Isagoge* entre los sirios y entre los árabes, contándose de estos últimos unos 500 comentarios á la misma. La *Isagoge* tiene una finalidad especialmente didáctica, como declara el mismo PORFIRIO al dedicarla á su amigo y discípulo Crisaoro. En efecto, no es posible comprender las teorías lógicas de la definición, división y demostración sin el conocimiento de las predicables; estos tres *modos sciendi* tienen como límites lo más universal y lo más singular. «La substancia, dice, es género; por bajo de ella está el cuerpo; por bajo del cuerpo, el cuerpo animado bajo el cual está el animal; por bajo del animal, el animal racional bajo el cual está el hombre; bajo el hombre, Sócrates, Platón y todos los hombres en particular... Lo particular divide siempre; lo común, por lo contrario, reúne y unifica.» Este curioso tratado es un sutil análisis de las acepciones y caracteres de cada una de las cinco predicables, y permite establecer todas las relaciones posibles de los términos en el juicio, operación lógica por excelencia, pues en ella se da formal y propiamente la verdad. Su estudio suministra todavía hoy una clara exposición de la manera cómo se actúa la actividad dialéctica en la ciencia y en la vida. Respecto al llamado *Arbol de Porfirio*, véase éste en la palabra ARBOL.

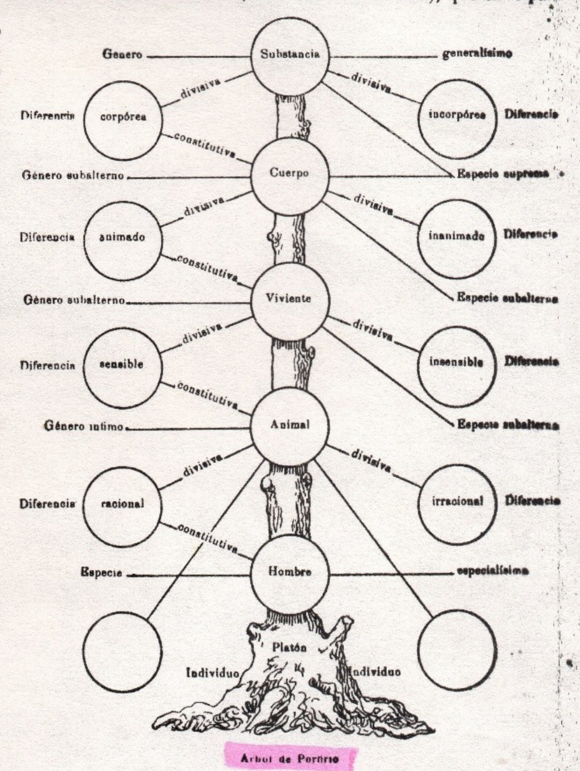
Bibliogr. De los escritos de PORFIRIO que han llegado hasta nuestros días, pueden citarse las ediciones siguientes: *Cuestiones homéricas* (ed. de H. Schräder, Leipzig, 1880), y *Antro de las ninfas* (Roma, 1517); *Vida de Pitágoras* (Amsterdam, 1707; hay ed. de Holsten, Roma, 1630; Kiessling, Leipzig, 1815-16, y Westerman, París, 1850); *Tratado de la abstinencia* (Roma, 1630; trad. francesa, París, 1747, y alemana, 1869; Cantorbery, 1655, y Utrecht, 1769); *Epístola á Marcela* (ed. Mai, Milán, 1816, y de J. C. Orelli, Leipzig, 1819, en *Opera graeca sententiosa*, por G. Parthey); la *Epístola á Anebón* ha sido editada, junto con escritos de otros autores, en Venecia (1483) y en Berlín (1857). Además de los *Discursos contra los cristianos*, de la *Filosofía de los oráculos* (ed. de G. Wolff, Berlín, 1856), la *Vida de Plotino* se encuentra en casi todas las ediciones de las obras de este filósofo (1580, 1561, etcétera); fué traducida en latín por M. Ficino (Florencia, 1492 y 1540), en inglés por T. Taylor (Londres, 1817), en alemán por H. F. Müller (Berlín, 1878) y en francés por Zevort (París, 1847). La *Isagoge* se halla también al principio de casi todas las ediciones de las obras completas de Aristóteles; sus mejores traducciones latinas son las de París (1543), Venecia (1545) y Florencia (1599), y modernamente por A. Busse (Berlín, 1887). Podemos citar también *Select Works of Porphyry*, por T. Taylor (Londres, 1823); *Opuscula tria*, texto griego, por A. Nauck (Leipzig, 1860); *The Sentences of Porphyry*, trad. inglesa por T. Davidson, en el *Journal of Speculative Philosophy*, III (1869), y *Opuscula selecta*, en griego, por Nauck (Leipzig, 1886). De éstas y otras obras pueden verse fragmentos en Eusebio (*Hist. Eccl.*, *Praep. Evang.*, *Demonst. Evangel.* y otras partes); asimismo en san Agustín (*Civ. Dei*, l. X y XIX) y en Teodoreto (*Graec. affect. curat.*, l. XII). La *Vida de Porfirio* es una de las contenidas en el libro de Eunapio, titulado *Vidas de los sofistas y de los filósofos*. Entre los autores que tratan de PORFIRIO, se cuentan: Holsten, *De vita et scriptis Porphyrii* (Roma, 1630); Fabricio, *Bibl. gr.* (t. V, págs. 725 y siguientes); Ullmann, *Einflüsse des Christenth. auf Porphyrius* (*Stud. u. Krit.*, páginas 376 y siguientes, 1832); C. Brandis, *Porphyry*, en *Abhandl. der Berliner Akad. der Wissensch. Philol. hist. Klass.* (1833); G. A. Heigl, *Der Be-*

digo penal cuando los productos del daño hubiesen sido extraídos del monte, exigiendo, además, en todo caso, la correspondiente indemnización (arts. 4 y siguientes del Real decreto citado).

Árbol genealógico ó de costados. Especie de cuadro sinóptico, representado gráficamente por medio del dibujo ó del grabado en un árbol de forma convencional, en cuyo tronco, ramas y ramillas, se presenta la genealogía de una familia, sus ascendencias, descendencias y alianzas superiores é inferiores. En las raíces ó en el tronco se colocan los nombres de los fundadores y el del primer ascendiente, y los blasones, si los tiene la familia, en el punto de bifurcación. Por orden cronológico y de izquierda á derecha, se coloca por generaciones á los descendientes, procurando que formen línea horizontal los del mismo grado. Los matrimonios se representan uniendo los círculos ó casillas en que se escriben los nombres por medio de una línea ó simplemente superponiendo estas casillas. En Derecho son útiles los árboles genealógicos para determinar el orden y prioridad de las sucesiones, pues dan idea completa de las relaciones de parentesco de una familia, cosa indispensable para establecer el mejor derecho de los herederos, y en general para todas las cuestiones en que intervenga la proximidad del parentesco. V. IMPEDIMENTOS. MATRIMONIO, SUCESIONES, LÍNEA, GRADO y PARENTESCO.

ARBOL. *Filos.* En filosofía se distinguen el *árbol de Porfirio* y el *árbol enciclopédico.*

Árbol de Porfirio. Este filósofo (siglo III de nuestra era) representó gráficamente la concepción aristotélica de las categorías ó predicamentos (V. esta palabra) de las cosas por medio del árbol que lleva su nombre y del que es expresión la adjunta figura.



Arbol de Porfirio

Árbol enciclopédico. Tabla sinóptica de las ciencias y de las artes, dispuesta de modo que se comprendan su encadenamiento y relaciones mutuas, consideradas como ramas de un mismo tronco, que es la ciencia en general. Esta contiene un *principio de unidad* del que derivan las ramas de la ciencia, ó sea las demás ciencias, enlazadas unas con otras, y al representarlo gráficamente en esquema ó de un modo simbólico, constituye lo que se llama árbol de la ciencia ó *enciclopédico.* Los ensayos que con el título de enciclopedia ó clasificación general de las ciencias han hecho varios filósofos, como Aristóteles, Raimundo Lulio, san Buenaventura, Bacon, D'Alembert, Ampère, Spencer y otros, se dirigen á este organismo. V. CIENCIAS (DIVISIÓN DE LAS).

ARBOL. *Histol.* Se da el nombre de *árbol de la vida* á la disposición que ofrecen las prolongaciones de la substancia medular en el interior del *cerebelo.* (V.)

También se llama así al resalte que presentan ambas paredes del cuello del *útero.* (V.)

ARBOL. *Mar.* PALO y MASTELERO. ‖ *Árbol de la hélice.* Pieza longitudinal cilíndrica, que es eje de giro de la hélice. V. ARBOL. *Mecán.*

ARBOL. *Mecán.* Llámase en mecánica árbol de transmisión á una barra, generalmente cilíndrica, de hierro ó de acero (raras veces de madera), que sirve para transmitir en los talleres la fuerza del motor á las distintas máquinas ó herramientas en que ésta se utiliza. Por regla general, estos árboles están sometidos sólo á esfuerzos de torsión, pero también es frecuente que estén solicitados á la flexión (árboles cargados); aquí sólo nos ocuparemos de los primeros desde el punto de vista práctico.

En este estudio designaremos por d el diámetro del árbol en milímetros; por P la fuerza de torsión en kilogramos, y por p (milímetros), el brazo de palanca con que ésta obra; por H el número de caballos de vapor transmitidos; por n el número de revoluciones del árbol por minuto; por α el ángulo que forma una generatriz del árbol cilíndrico con la tangente á la hélice en que se transforma dicha generatriz por la torsión, y por θ el número de grados del ángulo de torsión del árbol por metro de longitud. Las ecuaciones

$$\text{(I)}\quad P_p = 716200\,\frac{H}{n},\ \text{y}\ \frac{H}{n} = 0'000001396\,.\,P_p$$

relacionan el momento P_p con la fuerza transmitida. Para calcular el diámetro del árbol, desde el punto

("La filosofía helenística", Alfonso Reyes). Porfirio se llamaba originariamente Malchus, nombre sirio. Nació en Tiro (o en Batanea, Palestina). Estudió bajo Longino en Atenas y continuó en Roma bajo Plotino. Fue editor de las "Enéadas", que acompañó con una corta "Vida" de su maestro. Se han juntado hasta setenta y siete títulos de sus obras; algunas sólo quedan en fragmentos o en referencias de otros autores:
1) Obras filosófico-religiosas anteriores a su conversión al neoplatonismo: "Filosofía según los oráculos", curiosas noticias referentes a las prácticas teúrgicas. "Sobre las imágenes", obra más estoica que platónica, con informaciones respecto al simbolismo de las estatuas, la materia de que están hechas, sus actitudes, colores y atributos. — Tal vez una "Historia de los filósofos" hasta Platón, de que puede ser parte la "Vida de Pitágoras" que aún se conserva.
2) Obras filosófico-religiosas de la etapa platónica: "El camino de la realidad", sumario en sentencias sobre la doctrina de Plotino, la naturaleza del alma y del mundo inteligible, la impasibilidad del alma aun ante las sensaciones, y su independencia del cuerpo; donde, acentuando todavía por su cuenta la distinción entre lo corpóreo, niega la posible reencarnación del alma en los animales — que Plotino dice aceptar — y prolonga el desfile de las reencarnaciones, haciendo de la carne una pesadísima cruz que hemos de llevar a cuestas más allá del tránsito y hasta el vestíbulo mismo de la redención, en forma de cuerpo sutil. Tampoco admite la unión con la Inteli-

gencia divina, ni cree que pueda, en la vida terrestre, llegarse al éxtasis final. La completa sabiduría, según Porfirio, sólo se alcanza en alguna vida futura. "De la abstinencia", obra de ascetismo y vegetarianismo al modo pitagórico, que abunda en raras informaciones, especialmente sobre Teofrasto y los sacrificios sangrientos, sólo placenteros a los demonios malvados, empeñados en hacerse adorar y en corromper a los mismos filósofos. Contiene prohibiciones que todavía se hallan en algunas sectas cristianas. Todo goce le parece un pecado. Las carreras de caballos, los espectáculos teatrales, la danza, el amor sexual en cualquiera forma, son abominables y nefandos, lo mismo que los alimentos animales. Este precursor de los más estrechos puritanos se opone también a las prácticas de la religión popular. Cierta carta "De los ~~t~~ clamores", de tono escéptico y relativa a la teúrgia. "Carta a Marcela", su esposa, una viuda y madre de siete hijos con quien contrajo matrimonio, epístola moral en el tono de la tradición, donde no falta el dios "a la Epicteto" que observa todos nuestros actos. Un ensayo "Sobre el retorno del alma" ("epistrophee") citado por San Agustín. El importante tratado "Contra los cristianos" en quince libros, condenado al fuego en 448, pero de que se conservan interesantes fragmentos, donde se ve que Porfirio usaba la crítica histórica "moderna" para establecer, por ejemplo, la fecha tardía del "Libro de Daniel" (así como, en otra parte, prueba que el "Libro de Zoroastro" es un fraude). Desde luego, el culto de Jesucristo le parece incompatible con el de Asclepio o Esculapio.

3) La ya mencionada "Vida" de Plotino, prólogo a las "Enéadas".
4) Numerosos comentarios sobre Platón, Aristóteles, Teofrasto, Plotino, de que sólo queda completo —o casi— el consagrado a las "Categorías" de Aristóteles y que tradujo Boecio. A este grupo de obras corresponde la "Isagoge: Introducción a las Categorías de Aristóteles", considerada como una autoridad durante la Edad Media y fundamento de toda lógica subsiguiente. Insiste en que lo más general es la verdad más elevada y, metafísicamente, anterior, de que proceden las verdades particulares como en una "deducción creadora". La tesis será determinante en las controversias medievales sobre el realismo. ("Querella de los universales").
5) Obras varias, como las "Cuestiones homéricas", un hito en la historia del humanismo y más o menos reconstruidas por la erudición moderna, y como "El antro de las ninfas", explicación de un pasaje de la "Odisea" sobre los destinos del alma, en forma alegórica. También escribió Porfirio sobre erudición y gramática, y suele atribuírsele la "Vida de Homero" que anda entre las "Moralia" de Plutarco.
6) Obras sobre varias cuestiones técnicas: comentarios astrológicos a Tolomeo, "Harmonica" y "Tetrabiblos", y un "Tratado de Embriología" que suele atribuirse a Galeno.
Aunque poco original y no muy agudo, Porfirio es "polímata" consumado, que sabe manejar sus textos y tiene el buen hábito de citar cuidadosamente sus autoridades. Nos ha transmitido datos de valor sobre la antigua cultura. De sus escri-

tos resulta que las deidades adoradas por las sectas de su época, y aun los Olímpicos según los entendía y veneraba el vulgo, no eran para él verdaderos dioses, sino espíritus malignos (en cuya existencia creía a ojos cerrados). Como era supersticioso, admitía la validez de los encantamientos, aunque mucho le repugnaran. Por lo demás, no temía usar como símbolos las figuras de la teología helénica (hoy decimos la mitología): El derrocamiento de Urano por Cronos, de Cronos por Zeus, le parecían versiones pintorescas sobre la emanación del Uno hacia la Inteligencia divina. Sus alegorías paganas corresponden a las alegorías bíblicas de Filón Hebreo. San Agustín, que estudió mucho al anticristiano Porfirio, no escatimó elogios a su talento.

(...) [a Amelio] Plotino lo encargó de persuadir a Porfirio sobre cierto importante extremo de la doctrina neoplatónica. Tras una amistosa controversia, Porfirio cedió y abandonó su anterior creencia en un mundo espiritual independiente del espíritu que lo conoce.

Tendría Porfirio unos treinta años cuando ingresó en la escuela que Plotino había abierto en Roma. Éste andaba ya por los sesenta. Porfirio, a diferencia de su maestro, era escritor fecundo. El exceso de trabajo lo llevó a un extremo de abatimiento que lo hizo pensar en el suicidio. Plotino acudió a acosarlo y le aconsejó unas vacaciones en Sicilia. El remedio produjo efecto, pero impidió que Porfirio acompañara los últimos días de Plotino.

(...) dice Porfirio que él lo incitó [a ~~Porfirio~~ Plotino] a escribir y a poner orden en sus tesis. (...)

(...) Perdonemos, pues, a Porfirio, si no salió tan airoso como Andrónico en sus ediciones de Aris-

tóteles, modelo que pretendía imitar. Porfirio, desde luego, dividió arbitrariamente la obra en seis libros, cada uno de nueve capítulos (de donde el nombre de "Enéadas" o "Novenas"), sin duda por misteriosas razones de numerología pitagórica, y sin atender a la verdadera unidad de los asuntos.

(...) Uno se refiere a la segunda hipóstasis, o Inteligencia o Razón Divina, y es el punto que desconcertaba a Porfirio, antes de su incorporación en la secta neoplatónica. (...).